Marian Peyró

Los incendios

Alianza editorial

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Manigua
Imagen de cubierta: Shutterstock / Ambient Ideas

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

© Marian Peyró Jiménez, 2026
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-198-9
Depósito legal: M-140-2026
Printed in Spain

Índice

15 de agosto	9
12 de agosto	65
13 de agosto	91
14 de agosto	129
15 de agosto	167

15 DE AGOSTO DE 1988

1. Cristina

Antes de subir me he escondido un momento en el baño. He dado la luz, aunque aún no hacía falta. En el verano la noche tarda en llegar, pero, aun así, yo no veía. No mucho más allá de mis manos y mis piernas y lo que me aleteaba el pecho como una mariposa o una polilla: la anticipación. Había besado a Joaquín. Nos habíamos besado. Sentía las piernas y el pequeño temblor, la lucha con la que nos habíamos tanteado hacía un momento, cuando subíamos del río todo el grupo, y nos despedíamos, y luego los demás se fueron y él me acompañó a casa.

Joaquín llevaba puesta su camiseta de siempre, esa que es como una malla de color negro, agujeros sin más sobre la piel. Y la sonrisa del diente mellado, la paleta partida, que ahora sabía que de cerca no pinchaba.

Te acompaño, había dicho, y yo que vale.

Te acompaño, como si no lo hubiera esperado siglos, o días como siglos.

Se pegaba a mí en la puerta mientras intentaba pensar y abrir y no encontraba las llaves entre todas las cosas que traía del río, y luego se me caían diez veces. Me mareé sintiéndolo tan cerca, rozándome, como para decirme que quería entrar y que yo no podía negárselo. Pero qué

le iba a negar. Entramos. Yo intentaba reír y no podía, y no porque no estuviera contenta, sino porque el aire se me atragantaba en la boca, algo así como si no quisiera dejarlo salir porque fuera a perderlo. O a lo mejor era solo el miedo. Y luego, no sé, ni media palabra siquiera, que menos mal, porque no oía, no respiraba, solo me dio tiempo a mirar que no había nadie en la entrada, que la planta baja parecía silenciosa y estaba aún en la penumbra esa del verano —las contraventanas del pasillo, más allá, cerradas—, y a sentir *graciasgraciasgraciasgracias* flotando en el recibidor como burbujas de refresco. Y luego, ¿cómo había sido? Rápido. El beso, los besos, sin timidez, apretándome contra el zócalo de azulejos de la entrada, fuerte como si también hubiera esperado siglos, días que son siglos.

Creí que no se podía pensar en ese momento, pero yo pensé todo el rato durante los besos. Me regañaba por pensar mientras le sentía la boca, el pecho bajo la camiseta esa tan extraña, el sabor suave a fresa, y a saliva y a sol y a agua del río. El aire era húmedo entre los dos por el bañador mojado y la piel de gallina y ese calor que se te cuela sin permiso en algún sitio por dentro de la carne. Todo eso no venía en las revistas que había leído con mis amigas, ni en el libro aquel que compramos y que casi nos pilla el de Lenguaje porque nos lo íbamos pasando para ver los dibujos, *Cómo hacer bien el amor a un hombre,* ponía, y yo que solo había dado algún pico, tan nerviosa, tan impaciente ya. No ponía nada de mirarle la oreja a Joaquín, qué bonita oreja, abrir los ojos y regañarme, no ponía nada de que las bocas saben a chicle y hay que mover la lengua hasta que la acomodas al otro y cerrar los ojos para poder ver más claro esa piel suave del cuello. Aún siento los azulejos de la entrada contra los muslos, su mano sobre la licra de mi bañador, y después mamá preguntando desde el piso de arriba si ya había vuelto. Gritaba. Nosotros conteníamos la risa, nos respirábamos, su pecho tan cerca del mío y su camiseta que mareaba y me raspaba en las manos. La risa me hacía sentir valiente, olvidarme por fin de las dudas, de estos días que habían sido siglos, más que siglos, por qué esto no había pasado antes, si le parecería una estrecha si intentaba meterme mano y le decía que no, qué hacía bajando la cuesta de mi casa sin camiseta antes, a mediodía. Nada importaba porque nos reíamos los dos.

Cuando mamá gritó otra vez, él tuvo que irse. Se separó un momento. Intenté impedírselo metiendo los dedos en los agujeros de la camiseta. Pero ya no podíamos aguantar más la risa. Nos iban a oír. Y mamá seguía llamándome, Cristi, Cristina, hasta que tuve que admitirlo.

Que no podía ser.

Empujé a Joaquín deprisa, afuera, cerré la puerta despacio, metiendo la cara en el hueco para seguir mirándole hasta que ya no me cabían los ojos y tuve que imaginarle detrás y empecé a sentir su falta como latidos locos. Me quedé dentro y él fuera con su camiseta de punki dulce, yo dentro estremecida y él fuera con la vista fija en los cuarterones oscuros, las vetas de la madera pulidas como la carne que yo quería acariciar. La mía estaba erizada de frío y calor, y mi madre, venga, otra vez, que dónde estás, Cristi, y yo, otra vez, también, que aquí estoy, segura de estar en el lado equivocado, mamá, estoy en el lado que no es, quiero responder, ¡gritar!, y no quería subir, aún no, necesitaba más tiempo, se me agitaban las piernas, y por eso estoy ahora en el baño, tratando de calmarme, con la luz dada.

¡Vaya despedida! ¡Y esta noche la fiesta grande, es 15 de agosto! Las fiestas son la razón que nos trae aquí cada año, reunirnos la familia en el pueblo, nuestro pueblo que es el de mi madre, Las Gargantillas.

Las chicas, mis amigas, pienso. Este verano tenemos planes, pero sobre todo queremos aprovechar la noche. La imaginamos brillante.

Con las ventanas de la casa abierta intuyo a la orquesta preparándose abajo, en la plaza.

La noche es una nota alegre, sostenida, capaz de dejarnos sin aliento. Sin embargo, aún queda el tiempo de la cena, el tiempo de arreglarnos.

Y no sé cómo lo voy a hacer, la espera, con todo esto latiéndome adentro como una mariposa con las alas oscuras.

2. Cristina

—¿Con quién venías? —me pregunta mamá cuando al fin subo—. ¿Por qué tardabas tanto? —me dice también, pesada.

No contesto. No me mira.

Me siento a la mesa, me sirve la tortilla y se da la vuelta. Su espalda, su camiseta ceñida y el lazo tenso de su delantal parecen dirigir la conversación, esperan mi respuesta desde la cocina.

—Con los de siempre, mamá —le respondo elevando la voz.

—Había un rubio —insiste sin mirarme.

—Sí. —Trago—. Joaquín. Me dijo que su madre te conocía.

Sus zapatillas trajinan silenciosas. Bebo para pasar la bola.

—Ah, sí. El hijo de Sole será. No viven por aquí.

—Ya, bueno, quería acompañarnos.

A Joaquín le conocí el día que llegamos. Desde entonces todas las tardes había salido de la piscina con nosotros y se había ido despidiendo cada día un poco más cerca de casa, y hoy, ya, ¡por fin!, me había acompañado. A mamá no le había dicho nada. No quería decirle nada aún, después de lo que había pasado en las terrazas del Poli el día que llegamos, esas cosas que la gente decía. Pero quizá mamá ya sabía que andaba con nosotros, conmigo.

—Lo conocimos el otro día, mamá —admití por fin.

—Ya.

Por un momento pensé que el interrogatorio había acabado. Pero no:

—¿Entró en casa? Me pareció que entraba. —Sigue, tercamente, mostrándome la espalda desde el interior de la cocina.

—Está rica la tortilla —digo mientras finjo masticar—. Solo me acompañó a la puerta —aclaro.

—Pero vive en la otra punta —la escucho decir, con media cabeza en la nevera. Ya, mamá, pienso. No sé qué responder a lo que es una obviedad. Luego se me ocurre un chiste:

—Viven en las casas nuevas. Qué espanto.

Pero no le hace gracia. Solo dice:

—Es guapo ese Joaquín.

Y repite:

—Muy guapo.

El aire rebosa ruido, son las moscas enloquecidas, dándose golpes contra la lámpara del techo. Quizá repiten en su idioma lo que ha dicho mamá: «Joaquín es guapo, zum, zum».

Me lanzo en plancha:

—¿Te lo parece?

—Acábate la cena. —Me habla el lazo del delantal, quizá sus hombros, la escucho porque sus palabras rebotan en la ventana.

Insisto:

—Llevaba una camiseta muy rara. Como punk o algo —le digo.

—¿Punk? ¿Qué es eso? ¿Un roquero? Ya la he visto. Es transparente, ¿no? ¿O negra con agujeros? Sí, muy rara.

Y esta vez se vuelve rápido. Trae en una mano un vaso y un colador y en la otra la leche en la cazuela donde la ha hervido. Parece que llevara un arma y un escudo. Después se gira otra vez, dejando un rastro de sonrisa clavado en el aire junto a una idea perturbadora: la camiseta de Joaquín es como una malla pero, aun así, mamá opina que es guapo.

Me deja la leche y se vuelve a la cocina.

Agradezco que no esté mirando por si mis ojos reflejan aún las manos que me agarraban hace un momento, el cuerpo suave que me sujetaba contra la pared. Estoy segura de que se me transparenta la mariposa

ahí, convertida en una mosca con mil pupilas bulbosas y brillantes como los cachitos de carne que se le ven a Joaquín a través de la camiseta. Reproduce claramente nuestras manos, las bocas, en sus ojos sin párpados.

—No me apetece —digo. Odio la leche del pueblo y su espesa capa de nata.

—Tómatela.

Obedezco. Me echo colacao y cambio de tema.

Clinclinclinclinclinc. Clinclinclinclinclinc.

Habría seguido con el ruidito porque aún no había acabado de pensar, pero hubiera sido raro, así que paro y pregunto:

—¿Y de qué conoces a su madre?

—Éramos muy amigas de jovencitas.

—¿Y luego no?

—Es que se casó y se fue del pueblo.

—¿Cuando erais jovencitas? —Sonrío para mí por esa palabra vieja.

—Sí, bueno, ella era algo mayor que yo, aunque siempre pareció más. Estaba conmigo en el río, lo mismo la viste. —Mi madre se queda ensimismada por un momento.

—Joaquín también es un par de años mayor que yo.

—¡Un par no!

—Bueno, creo que tiene diecinueve.

Mamá se acerca desde la cocina. Intento esconderme detrás del vaso de leche.

—Ya te hemos dicho que este año debes tener cuidado con los chicos, en los bares. Con los mayores sobre todo, que aquí se juntan todos.

¡Mi madre es mi madre! ¡Al fin!

Ya sé que en Madrid, si salimos, a uno de veinte le reconocemos de lejos, pero aquí es distinto, si solo fueran de veinte, pienso. A veces, hasta es divertido espantar viejos verdes.

—Además ese chico no es para ti —dice.

Qué mierda, mi madre es mi madre otra vez.

—¡Ya estamos! ¡No sé por qué venimos! En este pueblo no hay nadie como yo, nadie a mi altura, ¡según tú!

—¿Prefieres pasarte todo el verano en Londres? —dice sabiendo que duele. *Fuck*, pienso.

—¿Y tu hermano? —continúa. Quizá cambia de tema porque ha sido muy dura conmigo.

—No sé, no lo he visto en toda la tarde —respondo.

—¿No estaba en el río?

Mamá cree que aún puede controlar a Tito, ¡en el pueblo!, ¡pero si ya el año pasado estuvo en boca de todos! Pienso en los ojos que no quieren ver y en cómo solo no quieren ver lo de Tito. Es injusto.

—Un rato, creo —contesto—. ¿Es que no estabas tú?

No contesta mi pregunta, pero dice:

—No andará con esa chica, la Rosi, ¿no?

—Ay, mamá, y yo qué sé. ¿Es que ahora yo también vigilo?

Rosi ha sido la única preocupación de mi madre hasta ahora. Una madre soltera de veinte años.

Decide no insistir. Abre y cierra otra vez la nevera y los armarios.

—¿Qué iba yo a coger? —murmura con la mano colgada de un pomo.

Cierra sin coger nada.

Como nos quedamos calladas lo oímos bien: Tito sube de dos en dos las escaleras, sus chanclas dan tortazos al suelo.

—Dice mamá que Joaquín es muy guapo —le digo en cuanto entra.

También quiero decirle que mamá no me ha dicho que ya le conoce y que no sé por qué. Pero no lo hago. Tampoco sé por qué.

Tito coge un trozo de pan de la panera. Me mira mientras. Tiene cara de la Rosi, ya he aprendido a distinguir su cara de la Rosi. Es como si las facciones se le pusieran suaves y se le taparan los oídos. Por lo general, solo oye a la segunda o a la tercera. Quiero eso así para mí.

Mamá abre la ventana como si buscara aire.

La plaza dice, con sonido enlatado, «probando, probando. Undos, undos. Ey».

—Ya empezamos con la musiquita... ¡No te hinches que tienes que cenar! —regaña a Tito.

—Voy a cenar fuera —contesta después de dar un trago de mi agua.

—¿Con quién?

—Con la gente —dice Tito, guiñándome un ojo, de espaldas a mamá.

—Voy a arreglarme —digo, porque no me apetece quedarme a otro interrogatorio.

—¡Pues recoge primero! —me grita mamá—. ¡Y date prisa que tu padre y yo también queremos salir!

—¿Dónde vais? —pregunto, pero mamá solo dice algo sobre papá y la final del torneo de mus.

Por primera vez pienso si mi madre tuvo alguna vez temblores de piernas, pero espanto rápido el pensamiento.

Cuando vuelvo de dejar mi plato en la pila, Tito ya se ha ido. Llevo a la cocina el vaso, la jarra, la panera. Mamá trajina igual que antes, pero su espalda parece furiosa. Llevo el mantel y lo sacudo por el balcón de la cocina. Es la peor hora. Casi de noche pero aún no. Los mosquitos son tontísimos. Ya golpean la bombilla como si fuera la puerta de una discoteca.

Hoy la noche tarda muchísimo en llegar. Además, hace el bochorno que dejan en el aire los incendios recientes. Cuento el tiempo que falta para poder alejarme de este olor horrible a tortilla y a leche que impregna la casa. Mi estómago está apretado por una malla negra y la mariposa se agita pesada, como las hojas de una enredadera tupida al aire de un ventilador. El balcón del comedor también está abierto, pero la cortina de tubitos de plástico impide adivinar el monte detrás.

Imaginar el ruido que hacen los tubitos cuando se entrechocan se me baja a la garganta, da alas a la mariposa negra. Pronto entrará la música de la plaza. Y yo no puedo respirar, por más que abro la boca.

3. Ana María

Este agosto ninguno de mis niños es ya un niño. Ni siquiera mi Cristi, que acaba de cumplir dieciséis y anda medio perdida, y Tito, que se cree muy mayor porque cumple los dieciocho en pocos meses. El día que llegamos a Las Gargantillas el nudo de congoja que llevaba bajo el esternón se me apretaba a medida que nos acercábamos al pueblo. La niña viajaba sentada detrás de mí, sin apartar la vista de la ventanilla. El vidrio le devolvía su reflejo en los pinos que flanqueaban la carretera. Yo me fijaba en sus ojos, quería leerlos mientras viajaban detrás del paisaje fugaz. Pero otros no se fijarían en eso. Sabía que ese año notarían su escote, o cómo juntaba las manos entre los muslos como si rezara o se hiciera pis, o las piernas y el cuello tan largos. Además, se le había ondulado el pelo espeso, y los pechos le habían salido así, como de la nada; me parecía una niña con las tetas grandes.

Veníamos en silencio, como si cada cual rumiara sus propios miedos. Todos los míos tenían que ver con Cristina.

Con Tito había pasado algo parecido un par de años antes, pero él es un chico. Tuvimos las preocupaciones normales de las compañías, que se fuera a quedar enganchado con alguna poco conveniente, pero nunca le dimos tantas vueltas.

¡Ya estamos!, habríamos dicho cualquier otro año al ver las primeras casas, y habríamos sonreído y, antes incluso, cuando eran más chicos, dado palmas. Pero este verano no dijimos nada.

En la última curva exploté:

—Este año le he dicho a tu hermano que te vigile.

Miré a mi marido con el rabillo del ojo, por ver si reaccionaba, pero Alberto iba atento a las marchas del coche. Quizá tuviera que poner la primera para subir la cuesta que llegaba hasta la casa.

—¡Mamá! —protestó mi hija.

No podía verla, pero sabía que estaba haciendo ese mohín con los labios que también era nuevo.

—Hazme caso —repetí. Quería tranquilizarme, pero no lo lograba.

—¡Pues no entiendo por qué! —contestó Cristina.

La busqué a través del retrovisor. Los ojos de Alberto se cruzaron ahí con los míos.

—No seas rebelde —insistí yo cuando supe que su padre no iba a decirle nada.

Volvió a oírse un gemido de Cristina y esos murmullos por lo bajo que me crispan. ¿Desde cuándo esto era así?

—Que nadie va a tocarle un pelo, mamá, ya te lo he dicho —dijo Tito.

—A mí no me pongáis a este como un perro faldero. Además, ¡pero qué te crees que voy a hacer! —Cristina se cubrió la cara con los brazos, en un gesto de rabia.

Pensé en todas las cosas que podría hacer, que podrían hacerle. Apagué la radio. Tito se había empeñado en que pusiéramos un casete que le habían grabado y lo llevábamos a buen volumen, porque así es como había que oírlo, según él. Me sofocaba aquel señor gritando que ardía la calle y que las chicas se desnudaban al sol.

Llegamos a la casa. Ella ceñuda. También ese gesto nos acompañó después, mientras descargábamos el coche, y luego, cuando comimos lo que traía preparado desde Madrid.

Luego la dejé protestando. Si se creía tan mayor, ya tenía edad para colocar sus cosas.

Yo tenía que cumplir.

En los pueblos lo primero que se hace es cumplir, aunque me llevaran los demonios por las horas. Sabía que la niña de la Benita estaba veraneando y que había traído a la bebé, que tendría un par de mesecitos. La señora Benita vivió unos años puerta con puerta con mi madre, en las casas del barrio largo. Su hija era más joven que yo, la acababa de hacer abuela y ya no vivía al lado de la que fue nuestra casa, sino que se mudó casi al final del pueblo, delante de las casas nuevas. «Estas casas se llenarán de forasteros ricos», decía el alcalde cuando nos vendía las bondades de aquel proyecto que tapaba la vista del monte. El problema fue que las hicieron feas a rabiar y quizá por eso se habían quedado ahí, casi todas vacías, una ristra penosa de ladrillos baratos.

Subí la cuesta hasta allí. Pensé que los treinta y muchos que tenía ya ese verano no eran los diecisiete con los que subíamos por ese camino al prado, para asar las castañas o de romería. Entonces, por allí solo había algunas huertas y casillos y pinos y más pinos hasta arriba del monte.

Llegué sofocadita y me instalaron enseguida en una cocina casi a oscuras. ¡Qué cría bonita que tenía su hija! Después llamó el Cosme, el de la Mari, que en paz descanse ya la mujer, también de visita. La Benita y su hija bajaron a abrirle y me dejaron ahí, vigilando un bibe que habían puesto a hervir. Al parecer casi se le quema la casa a la Benita unos días antes, porque la mamá y la chica se quedaron dormidas con el fuego puesto, y se despertaron cuando todo era ya un humo negro y medio envenenado, y por eso estaban las dos tan pendientes y me encargaron a mí no quitarle el ojo mientras abrían.

Los oía en la puerta de delante, un alborozo de gorgoritos y ajós como cuando la señora Benita vio a mi Cristi por primera vez. Lo contenta que estaba porque hubiera tenido una niña después de Tito. Que son las que hacen compañía a las madres, me había dicho.

Seguía oliendo un poco a goma en la cocina de Benita, que mira que es malo el tufo del plástico quemado. Por eso abrí una rendija la ventana y así fue, después de tantos años, por esas cosas tontas que son. Por el bibe que se había quemado, porque aún olía a humo, porque estaba sola. También porque la ventana da a las casas nuevas y la cocina queda al norte, si no cómo iba a abrir con el fuego que era el sol a media tarde. Aquel verano todo ardía.

Abrí a medias, al final solo a medias, porque cuando abría ya la escuché. Su voz era igual a pesar de los años, aunque en mis recuerdos era más bien un susurro. Me quedé parada, a medio camino del gesto de abrir la ventana, escuchando con atención, segura de que no se me veía, sobre todo porque nadie esperaba que abrieran por ahí ventanas a esas horas, ni, por supuesto, que detrás de ellas estuviera yo.

Era Sole. Soledad. Su voz primero, luego ella. La reconocí enseguida, a pesar de tener más de todo, quizá menos pelo, que antes era una manta rubia que me abrigaba. Solía meter la nariz en su cuello para calmarme porque olía al agua de manzanilla con la que se aclaraba la melena para conservar aquel color de espigas.

Acababan de llegar y estaban descargando el coche. Ella y Ernesto, su marido. Él era forastero, de Valencia. Le había hecho un niño allí en Ávila, donde ella se había marchado a preparar el ingreso, y así me la quitó sin que yo hiciera nada salvo quedarme mirando y desear un milagro. Y también pensar en qué haría entonces para calmar el temblor que ella sujetaba con sus dedos ágiles. Soledad tenía mariposas en las puntas de los dedos. Me hacía cosquillas en el pensamiento más que en ningún sitio. Brillaba tanto que cuando la veía me desaparecía el patio donde nos sentábamos, su casa diminuta en su calle sombría, nuestro pueblo agobiante y estrecho que el monte intentaba ahogar un poco más cada año, a pesar de las talas y de los incendios. Con ella todo me había parecido posible. Sol, la llamaba así.

Soledad fue un secreto mío y de nadie más. A veces es difícil pensar que las cosas sucedieron de verdad. Hay que repetírselas mil veces, intentar asirlas por los bordes porque quieren escurrirse como un pez. Y qué complicado es estar un día feliz y otro abatido, según se dio el recuerdo. Al final, a veces solo queda que sabemos la felicidad que hubo, aunque se haya difuminado hasta hacerse irreconocible. Es imposible inventarse la felicidad.

Nunca se lo conté a nadie, pero todo el mundo sabía. O habló. Menos nosotras. Nosotras no.

Nos susurrábamos.

Sol.

Anita.

Shuuuusshhh.

Y habían vuelto. Había vuelto Soledad. ¿Cuántos años habrían pasado? ¿Seguiría yo teniendo algo del talle de entonces? ¿Le espantaría mi cara arrugada por tanto tiempo de pena? Podía escucharles alto y claro. Ernesto había salido del coche; no parecía importarle que le oyeran ni las horas, casi todo el mundo hacía aún la siesta, y el pueblo, lleno ya para las fiestas, estaba arrugado al sol.

—¡Dile al vago de tu hijo que despierte, que hemos llegado, que ayude un poco, *me cagüen Deu!*

—Por favor, Ernesto, no levantes la voz.

Pensé que así no era Sole, para nada así. Ella no pedía las cosas. A ella no le hacía falta pedirlas.

Nunca supe bien cómo era él. El día que llegamos, en la cocina de la Benita y después de tanto tiempo, me sorprendió su furia, su cara monstruosa que no guardaba ningún rastro del mozo guapete que recordaba. Abrió la puerta de atrás y sacó a un chico a rastras, agarrándole del hombro, lanzándolo al suelo sin mediar palabra. Me quedé helada por la violencia, inexplicable fuera lo que fuera que hubiera pasado en ese coche. El chaval se incorporó, la mirada sorprendida, aún medio perdida en el sueño.

—*¡La mare que...! ¡Fill* de puta! —le gritó al padre, ya de pie, ya despierto. Tenía los ojos azules tan claros que pensé que la rabia iba a estallarle en esquirlas de hielo.

Se sacudía una camiseta rarísima que llevaba puesta, parecida a una red de naranjas, pero de color negro. Su ira me pareció un sentimiento viejo, que se venía cociendo de años y que lo mismo acababa fundido y negro, envenenado como el plástico de un biberón olvidado en la lumbre.

—Por Dios, Ernesto, no empecéis. Te lo pido, por favor, déjanos un día. Déjale, dale un respiro, te lo ruego —dijo Sole, con el rostro desencajado de quien siempre saca la cara mala y le toca pagar.

Otra vez pedía. Mi Sole que ya no era más mi Sole.

Al levantarse, el chico quedó frente a mí y por fin pude verle del todo. Salvo en los ojos, que había heredado del padre, era idéntico a su madre cuando tenía su edad, cuando... Cómo había querido entonces